

ANTONIO
GARCÍA BARBEITO

LA TRIBU

AYER Y HOY

Admiro la prontitud, ese «del dicho al hecho» de los compañeros que están trabajando en el Rocío

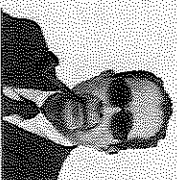
Los primeros años era un diario ir y venir. Y alternándolo con más trabajo. Me apañaba un boecadillo y me iba allá donde la querencia, la belleza de un paisaje o la curiosidad me llevara. Y cuando sobre los carbones del cuerpo ya hecho, aliño de bailes y coplas, hervía el mejor ambiente rociero, tenía que volverme a escribir y entregar la crónica. Acababa a las tantas de la noche. Dormía cinco o seis horas y otra vez a lo mismo. Un matadero. Y si en vez de una cerveza fueron dos, y el calor, el cansancio y el sueño se citaron en el coche a la hora de volver, el matadero era, además, una locura que no se cómo me dejó salir con vida de aquellos Rocíos.

Admiro la prontitud, ese «del dicho al hecho» de los compañeros que están trabajando en el Rocío. No podrán imaginar —son muy jóvenes casi todos— en qué condiciones contábamos algunos la tomería, sobre todo quienes teníamos que ver, preguntar, curiosear, anotar y memorizar, para escribir la crónica varias horas más tarde, en Sevilla. Cuando veo con qué prontitud mi querido Miguel Ángel Jiménez, responsable de todo ese mundo que se despearza en ese término huelvano, hace llegar al periódico las fotos —incluso vídeos— que toma en el Rocío y la crónica recién escrita, recuerdo el primer año que tuve cerca un fax. ¡Milagro! podía escribir y, en la oficina de Prensa, esperar turno de envío. No tenía que volverme a Sevilla. Recuerdo mi imagen en el coche, tecleando la crónica en una pequeña maquina de escribir, tachando con otras letras los errores, con mis piernas de mesa y ajustando al cálculo la extensión... ¿Fotos? Para el recuerdo. Había que llevar el cartete a Sevilla y esperar. Todo tenía espera. Ahora, no. Melón y tajada en mano. Me alejro por ellos. Y por mí, que disfruto al instante de fotos, vídeos y crónicas de mis compañeros. Viva la tecnología. Casi vivimos el Rocío —y todo— sin necesidad de ir. No paso lo mismo con las coplas. ¡Vivan las viejas coplas! Salvo las de siempre —«Cuando por la marisma...», «Pastorcito divino...», «Como es tan alta, / como es tan alta...»— algunas de la gente de La Puebla y Corta, algunas de algún sitio de Huelva y las viejas coplas de Gines, que malo casi todo lo que se oye, en letra y en música, letras espesas como masa de tégula mécula, extremeña, letras que ya no saben a qué cantar —qué horror— y músicas que, incapaces de volar con gracia, se entrecen en un espeso cansancio que no sabe cómo salir. Y casi siempre sale dando voces sin sentido. Quizá, coplas para que bailen, si pueden, el gaudemus y el pandemonium. En la tecnología, ¡viva el hoy!, en las coplas, ¡viva el ayer!

antonio@barbeito@gmail.com

TRIBUNA ABIERTA

LA CORRUPCIÓN Y EL INGENUO

MANUEL
MORENO ALONSO
Catedrático de Historia
Contemporánea

El mismo pueblo, lejos de ser considerado Rousseauianamente como bueno, puede ser corrupto, participando de la corrupción general del sistema

No de los relatos corrios más famosos de Voltaire, junto con *Cándido*, es *El Ingenuo*, en el que cada línea respira una insuperable ironía sobre los hombres, sus costumbres, sus formas de vida, sus noblezas y sus vilezas preñadas de males y venganzas personales. Utilizando como escabelo la burla, nadie como este autor cayó más hondo a la hora de desmascarar la hipocresía de la sociedad de su tiempo. No otra cosa es lo que simboliza el «buen salvaje» protagonista de su historia, que fue llamado Ingenuo «porque siempre digo ingenuamente lo que pienso y hago todo lo que quiero».

El Ingenuo se publicó con grandísimo éxito en la ya lejana fecha de 1767. Pero ¿qué diría hoy este buen salvaje si en vez de en Inglaterra, lugar en donde de improvisa aparece el personaje, hubiera aterrizado en la España de hoy? Con toda seguridad, se hubiera desgarrado las vestiduras ante la preocupación omnipresente por la corrupción. Un mal de la sociedad globalizada actual que en España parece revestir una especial gravedad en el momento presente. Aunque muchas veces se olvide que en ningún país del mundo el perfeccionismo de tan males artes, enquistado en la sociedad, llegó hasta el extremo de originar el género, insuperable, de la literatura pícarresca.

Dada la capacidad de aprendizaje de este buen salvaje americano que en tan poco tiempo y con tan gran aprovechamiento «leyó libros de historia, que le entristecieron» y el mundo le pareció «demasiado malvado y demasiado miserable», seguramente pensaría que la corrupción —ciertamente gravísima— no sólo estaba en los políticos, sino en la sociedad que en las democracias actuales vota a esos políticos. Observaría también, filosóficamente, «que cada profesión tiene un vicio y un peligro que están vinculados a ella, y que, desde el principio hasta el último de los mendigos, todo parece acusar a la naturaleza».

El Ingenuo comprendería, igualmente, que la corrupción es un concepto confuso aplicable a cualquier objeto, que desborda con mucho el terreno de lo económico. Porque no todos se venden por dinero. Las mismas ideas, el odio o la venganza, el favorecer a los suyos y, no digamos, el sectarismo, corrompen a una persona. De la misma manera que



tampoco existe una sola clase de corrupción, que lo mismo puede ser pública que privada, política que intelectual o eclesástica, afectando a innumerables instituciones como la Justicia, y lo mismo en sistemas democráticos que en dictaduras.

Pues allí donde se cometa una injusticia, haya desigualdad entre los ciudadanos o desconfianza ante los elegidos del pueblo, allí hay corrupción. El mismo pueblo, lejos de ser considerado Rousseauianamente como bueno, puede ser corrupto, participando de la corrupción general del sistema. Nadie como el Ingenuo, probablemente, estaría más de acuerdo, en su condición de «buen salvaje», de acabar de raíz con tan malas artes mediante una buena gobernabilidad, obtenida mediante la acción coordinada de organismos de control que redujeran los espacios, tan fáciles y propicios para la corrupción.

Pero ¡ojol!, nuestro «buen salvaje», que como buen americano habría leído los libros del Premio Nobel Octavio Paz —que tanto sabía de las corrupciones en el Nuevo Mundo y particularmente en las tierras aztecas—, estaría de acuerdo con él, que sostiene que «una nación empieza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis». Pues, en definitiva, la corrupción no es otra cosa que la alteración violenta del orden y de las reglas establecidas que han existido siempre.

El Ingenuo, a pesar de su candidez —una candidez voltieriana—, desconfiaría igualmente de aquellos profesionales del pueblo que en el mundo han sido y siguen siendo que se presentan ante él como candidatos incorruptibles en contra del mal de nuestra época, especialmente de lo que, al menos en España, parece el cáncer de nuestra sociedad y sobre todo de nuestra clase política, tan denostada por el mismo pueblo.

Sin embargo, en el caso de que durante su estancia en Inglaterra el Ingenuo hubiera conocido a Edmund Burke —autor de un libro tan famoso como *Reflexiones sobre la Revolución francesa*—, probablemente hubiera comparado lo que ya en aquellas fechas pensaba en cuanto a las prácticas corruptas existentes en la administración británica o francesa (que lo mismo podría decirse de las españolas de ayer o de hoy): que «jamás seremos tan locos como para abrir la puerta a un enemigo básico de ningún sistema para que venga a limpiar la corrupción, subsanar sus defectos y perfeccionar su estructura». También habría conocido su tesis de que «para que triunfe el mal, sólo es necesario que los buenos no hagan nada».

Una observación la suya, producto del buen sentido y pragmatismo político británico en unos tiempos tan críticos y corruptos como los de hoy que, en román paladino, quiere decir que, en ningún momento y bajo cualquier circunstancia, la ingenuidad del pueblo debe confiar la limpieza del gallinero (con gallinas) a los zorros. Pues como decía el príncipe de Salina, sabedor de que las nuevas prácticas corruptas sicilianas eran mayores que las viejas, «éstos son tiempos de zorros y guardías, la época de los leones y los gatopardos ha terminado».